

Fundamentación filosófica de la pedagogía argentina

JUAN E. CASSANI

Universidad de Buenos Aires

Al hablar aquí de la posibilidad de fundamentar filosóficamente la pedagogía argentina, me refiero más a una aspiración que a una realidad ya conseguida.

Asignamos, en este caso, a la palabra *pedagogía* su significación más amplia, vale decir que vemos en ella a la disciplina que estudia y trata de resolver el problema de la educación en todos sus aspectos teóricos y prácticos, y que abarca desde el análisis de los fundamentos metafísicos de esa educación hasta los puntos más concretos de la acción educadora, ya sea en el terreno de la didáctica o en el de la política educacional.

No es menester, en este instante, un detalle de las relaciones de la filosofía con la pedagogía, ni la nómina de los sistemas pedagógicos que corren unidos a sistemas filosóficos. En cambio, estimo necesario recordar que partimos del criterio de que toda pedagogía, en cuanto se realiza auténticamente, es pedagogía nacional.

No es dable hallar, en la realidad educativa, una pedagogía que se desentienda de los fines y contenidos básicos de la cultura en que se desenvuelve. Cuando vemos una pedagogía que se cumple transplantado a una cultura el espíritu y los fines de otra, advertimos que la vida de esa pedagogía es artificial, o violenta, o mudable y que su duración depende de la medida en que la cultura importada logre identificarse con la comunidad en que trata de imponerse. Además, ninguna pedagogía de transplante alcanza larga vida. Hallamos numerosos ejemplos de esto en las educaciones de países colonizados, en las de minorías foráneas que procuran conservarse como núcleos cerrados, o en las tentativas de imitación de educaciones extranjeras.

Es dable sostener la existencia de doctrinas pedagógicas de alcance mundial; pero, en tal caso, la uniformidad se pierde en cuanto se sale del campo exclusivamente teórico y del planteamiento formal y externo de los problemas. Al apuntar soluciones, así sean generales y sin destino a una comunidad determinada, se encuentra siempre, detrás, una realidad nacional cuya cultura les sirve de apoyo.

Ningún sistema filosófico se mantiene libre de influencias nacionales cuando fundamenta una pedagogía vivida y, por otra parte, ninguna pedagogía filosófica tiene la misma realización en dos países distintos.

Las pedagogías de fuerte unidad espiritual y de recia estructuración didáctica que mayor similitud internacional han revelado en su vida a través del tiempo y del espacio, terminaron adaptándose a las modalidades nacionales. Por ello, en vez de hablar de una pedagogía del positivismo, el idealismo o el existencialismo, es más propio hablar de una pedagogía francesa, alemana, brasileña o argentina. El predominio de una filosofía nueva en la estructuración de una pedagogía no logra suprimir de ésta los influjos de filosofías anteriores, ni puede impedir la penetración de otras que, a plazo largo o breve, terminarán por desalojarla en algunas de sus partes.

En la pedagogía argentina es fácil rastrear un largo proceso con numerosos planteamientos y soluciones que partieron de filosofías foráneas: españolas; francesas; inglesas; españolas nuevamente; norteamericanas y, en los últimos tiempos, europeas en general. Pero es asimismo fácil rastrear también un proceso de asimilación, reestructuración o abandono de todas esas filosofías y un tercer proceso, el de absorción de soluciones en torno a las características y necesidades propias de la cultura argentina.

Hay una característica que viene desde la dominación española y que se mantiene con una continuidad y reciedumbre extraordinarias en todos los tiempos y es dentro de ella misma que se elaboran las transformaciones que, en materia educativa, vemos gestarse desde Belgrano hasta nuestros días. La historia de las pedagogías que pasaron por la Argentina, de las soluciones didácticas y legislativas que se aplicaron a la educación revela: un afán constante de mejorar lo existente; una búsqueda ansiosa de sugerencias que ayudaran a conseguirlo; una gran generosidad de opinión para aceptar y ensayar sugerencias, y una indiscutible severidad para juzgar los resultados

de los ensayos y eliminar lo que no se consubstanciaba con el país mismo. Hay mucha semilla filosófica europea en la pedagogía argentina; pero no hay una sola fructificación conservada que mantenga espíritu o fisonomía europeas. Basta, para convencernos, hacer la historia de las soluciones pedagógicas más aceptadas: el tomismo, la influencia iluminista, la didáctica pestalozziana, la pedagogía positivista, etc. Encontramos, en este punto, otro elemento de convicción comparando las soluciones didácticas argentinas con las de cualquiera de los países en que se buscaron inspiraciones. No hallamos similitudes ni en la estructuración externa ni mucho menos en el contenido y espíritu de las mismas.

Ha ocurrido, con la pedagogía argentina, el mismo fenómeno que encontramos en otros aspectos de nuestra cultura y de nuestra evolución social, familiar y política. El país ha tenido personalidad y fuerza suficientes como para absorber, sin perder su propio tono, las modalidades y soluciones culturales llegadas desde afuera.

Durante muchos años, la pedagogía de la Argentina fué tributaria de soluciones extranjeras, principalmente en lo técnico y lo especulativo.

Su autonomía se inició en el sector de la política educacional y prosiguió con la organización escolar. Tuvo luego originalidad en algunas conclusiones didácticas, adquiriendo, más tarde, ciertas tonalidades propias en el enfoque del problema del alumno y sus relaciones con el educador, como también en la formación de éste. En cuanto a lo filosófico, se caracterizó por una orientación nacional en las soluciones del problema del fin general y las finalidades particulares de la educación. No ha logrado aún su autonomía en lo concerniente a los aspectos metafísicos de la consideración del ser y de la vida.

La estructuración de una filosofía argentina, que ya se entrevé como posible, facilitará la solución de estos puntos.

En el proceso de estructuración filosófica de la pedagogía argentina se registrarán dos aspectos. En primer lugar, tendremos el núcleo doctrinario central y básico constituido por las soluciones que la filosofía argentina ha venido aceptando y las que aceptará como propias. En segundo término, nos encontraremos con las elaboraciones de filosofías nuevas, de aquí y del extranjero, que puedan ejercer influencia sobre el pensamiento pedagógico o las soluciones de la didáctica y la política educacional.

Lo primero será lo estable, lo decisivo, lo que resistirá los embates de las críticas, las renovaciones didácticas febriles o las convulsiones teóricas que suelen agitar los ambientes filosófico-pedagógicos. Constituirá la principal fuerza de conservación y caracterización de la pedagogía argentina.

En lo segundo hallaremos un motivo de rejuvenecimiento, auto-crítica, revisión y mejoramiento de las soluciones alcanzadas.

Y así, la vieja y las nuevas filosofías vendrán a robustecer la pedagogía argentina y a mantenerla en perpetua juventud. Todo ello en íntima relación con el proceso mismo de la formación de la cultura y de la conciencia nacional.

Es por esto que me atrevo a mencionar el problema en una reunión internacional de filósofos y a expresar, como pedagogo, una aspiración y una necesidad de la disciplina que cultivo.

La presencia de filósofos y educadores de países donde la situación de la pedagogía es similar a la nuestra, reforzará, indudablemente, mi pedido y contribuirá a que la realización de nuestras aspiraciones sea más grande y más inmediata.